

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL METROPOLITANA

POR EL

SR. PBRO. D. J. ALEJANDRO LOPEZ

CON MOTIVO DE LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS EN EL PRIMER ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO

DEL

ILMO. Y RMO. SR. DR. D. JOSE IGNACIO ORDOÑEZ

SEXTO ARZOBISPO DE QUITO



QUITO

IMPRENTA DEL CLERO

1894

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL METROPOLITANA

POR EL SR. PBRO. D. J. ALEJANDRO LOPEZ

CON MOTIVO DE LAS SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS EN EL
PRIMER ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO

DEL ILMO. Y RMO. SEÑOR DOCTOR DON JOSE IGNACIO ORDOÑEZ

SEXTO ARZOBISPO DE QUITO

*Si ambulavero in medio umbrae mortis,
non timebo mala, quoniam tu mecum es.*

Aun cuando anduviese entre sombras
de muerte, no temería la adversidad,
porque tú estás conmigo.

(SALM. XXII, VER. 4.)

Ilmo. y Rmo. Señor Arzobispo,

Excmo. Señor Presidente de la República,

Señores:

Hace un año que el vasto recinto de esta Catedral tres veces secular, cubierta de fúnebres arceos, recibía al lento y acompasado tañir de las campanas un inmenso cortejo compuesto de todo un pueblo, presidido por sus más altos dignatarios, que con profundo y reconcentrado sentimiento conducía los yertos des-

pojos del insigne Pastor, que llamado á Dios en la plenitud de su ministerio, había dejado escapar de sus manos, hasta entonces firmes y robustas el cayado pastoral, para trasponer las temerosas puertas de la eternidad.

No de otra suerte me figuro el dolor del pueblo elegido, cuando congregado en los declivios del monte Nebo, contempla el cadáver del Profeta, que por tantos años le había conducido por el Desierto; cuya diestra se había levantado tantas veces para bendecirle; de cuyos labios había recibido la ciencia de Dios; cuya frente doblada ya por la muerte jamás se levantaría para interceder por la generación culpable, y cuyos ojos que, según la expresión de la Escritura, nunca se habían enturbiado, estaban faltos de luz. Mira y no se persuade de la verdad; vuelve á mirar y exhala dolorosos gemidos, que hacen repercutir las quiebras solitarias en prolongados sollozos durante treinta días con sus noches.

Ese dolor tan espontáneo y sincero, consignado por el dedo de Dios en el último capítulo del Deuteronomio, fué la más cabal y elocuente alabanza de las eximias virtudes y misión sobrenatural del Profeta Moisés: el que vosotros habéis manifestado en un día como este, y el acto de reuniros una vez más ante la Majestad de Dios vivo, en testimonio de obsequio á la memoria del que fué, Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Dr. D. JOSÉ IGNACIO ORDÓÑEZ, sexto Arzobispo de Quito, habla más alto de lo que pudiera decirlo el discurso de un desconocido sacerdote, que puesto á combate entre su amor al ilustre fallecido y el temor por su atrevimiento en dirigiros la palabra, se ha decidido á hablaros, recordando que la voz del sacerdote ya es autorizada por el carácter que inviste.

Con esta pompa fúnebre entendéis tributar homenaje á la virtud, porque sólo élla es grande, y sus hechos dignos de ser grabados en láminas de bronce para perpetua memoria de los hombres. Alzase la grandeza de la tierra en faustoso orgullo, y los predilectos de la fortuna dilatan su ventura por la redondez del orbe, y gobiernan ínclitos reinos y sus palabras son leyes, y su voluntad derecho de los pueblos; sus prosperidades vencen á sus intentos y su dicha se adelan-

ta á sus deseos; más en un momento su soberbia viene á tierra, y su gloria es sombra que pasa y fábula de las gentes, porque no se sustentó en fundamento de virtud; empero, el varón justo resplandece en obras de fortaleza, y despreciando las venturas del siglo, no rehuye el padecimiento; antes se abraza á la cruz de Cristo, y gozándose en la tribulación levanta sus ardientes deseos á las cosas celestiales, con lo cual obtiene el eterno galardón, y con él la honra duradera.

Si el Ilmo. Señor Ordóñez no hubiera tenido eximias virtudes, no fuera, Señores, un sacerdote quien á presencia de un túmulo mortuorio, viniera á hacer resonar estas sagradas bóvedas con mentidas alabanzas, que él mismo hubiera sido el primero en condenar con franca reprobación; nó, vosotros visteis en él un Pontífice según el corazón de Dios, revestido de santo celo, severo cumplidor del deber, enérgico en la acción, sereno en el peligro, constante en la adversidad, modesto en la prosperidad, ajustado en su vida privada, é íntegro defensor de la honra y derechos de la Iglesia. Porque Dios, que en la divina economía que preside á la marcha de la Iglesia, prepara los tiempos y rige los acontecimientos; que hace surgir los hombres en relación á la índole de los sucesos en que han de tomar parte, se escoge los Obispos que mejor convienen á élla. A quienes de ellos da el corazón del Discípulo amado y la exquisita suavidad de su ternura; á quienes la vibrante espada de dos filos que manejaba S. Pablo, y el celo varonil que á la vista del procónsul, le hace formular la primera protesta del derecho cristiano en la inmortal frase: *cives romanus sum*.

De esta última clase fué el Ilmo. Señor Ordóñez, á quien ya tardo en presentaros como el Obispo escogido en suerte por Dios para tomar parte decisiva en la marcha de la Iglesia Ecuatoriana, vocación á que correspondió con celo y fortaleza inquebrantable. Sus virtudes son múltiples, fecunda en acciones su vida, corto el tiempo de declararlas; valga, pues, ese aspecto en que vais á considerarlo, como haz luminoso en cuyo fondo descuelle la noble y austera figura del ilustre Arzobispo.

La historia de la Iglesia, tan múltiple con relación á las necesidades varias y movedizas de cada época, y tan inconvencible en su unidad, por la perpetua inmutabilidad de la doctrina católica es el trasunto fiel de las ideas y costumbres, alegrías y dolores, victorias y desfallecimientos de los hombres, y enseñanza siempre propicia á las perpetuas necesidades del alma. Y la vida de los Obispos constituye la fuente más autorizada y auténtica de la narración eclesiástica; pudiéndose decir de verdad, que forma el proceso de ésta la vida del episcopado. De aquí la importancia que tienen á los ojos del apologista cristiano, todos aquellos actos, que constituyen, no tan sólo la época de acción de un Obispo, sino aún la de su preparación. La que tuvo, el que después fué Ilmo. Señor Ordóñez, revistió los caracteres de verdadera y adecuada en el sentido más lato de la palabra. Nacido allá al terminar el primer tercio de este siglo, en la importante ciudad de nuestra República, que justamente se ufana con el dictado de favorita de la Religión y de las Letras, pudo ver ya desde niño en su notable familia, ejemplos de virtudes, entre las cuales, la piedad y la severidad de costumbres no eran las menores. Cuando Dios escoge á alguien para altos designios, le favorece con las disposiciones necesarias á la consecución de sus fines soberanos, y le pone en un elemento en que se empape del espíritu que le quiere infundir. El que después había de ser ejemplo de cumplimiento del deber, de austeridad y de carácter, ya aprendió desde niño la práctica de estas virtudes, que ejercitadas después en esfera vastísima, tanto habían de servir para la honra del Señor. Adolescente es, y ya rehuye los frívolos pasatiempos, que semejantes al espejismo de los áridos arenales de Africa, presentan á la vista, encantadora aunque falsa variedad de oasis, allí donde no hay sino la interminable soledad y desamparo. Discreto como pocos entre los espíritus juveniles de su edad, busca nutrir su entendimiento con la medula de león, con el estudio de la filosofía y del derecho, como para poner un digno sustentáculo á los mucho más nobles estudios que habían de valerle en el desempeño del alto ministerio que le aguardaba. La laurea de doctor en jurisprudencia civil y canónica

decora su frente juvenil en la renombrada Universidad de esta Capital, que por aquel mismo tiempo abrigaba en sus claustros ilustraciones de primer orden, que después han sido lumbieras de la ciencia y espejos de probidad.

Joven y ya doctor, dueño de un brillante porvenir del cual la fortuna no iba á ser la menor de sus ventajas, ni los honores los últimos en presentarse; ¿qué más hubiera apetecido uno de aquellos espíritus saturados de aspiraciones terrenales? Pero; Señores, el corazón de ese joven estaba formado para más alta dignidad; y así como la madreperla guarda amorosamente su tesoro, entre los vaivenes de las ondas embravecidas, él esconde en el fondo de su pecho y acerricia constantemente su aspiración al sacerdocio, en espera de la hora de Dios. Así me imagino al joven conde Mastai Ferreti, en parecida época de su vida. ¿Quién hubiera adivinado al gran Pontífice Pío IX en ese joven seglar de dulce mirada, que discurre por los salones de Roma desdeñando la fortuna del mundo? Esconde Dios á los hombres la preparación de estas almas; y cosa admirable, la esconde á las veces aún á ellas mismas: llega el tiempo asignado, y la revelación es completa; cualquiera de ellos es el asombrado pastorcillo hijo de Isaí, elegido entre sus hermanos para recibir la unción real de mand del profeta Samuel.

Ya es sacerdote; pero, antes de subir al monte santo del Señor le ha sido preciso huir del solar paterno á ajena diócesis, para no encontrar estorbo en su firmísimo propósito; más, como si con la ordenación sacerdotal hubiese entendido todo lo formidable de su responsabilidad y alteza, no se da punto de reposo hasta trasponer los mares para ir á esconder su turbación, y saciar su sed de la ardua ciencia de Dios en la célebre casa de San Sulpicio de París, donde permanece cinco años entregado al ejercicio de la virtud y á las ciencias sagradas, que son al propio tiempo estudio y oración; empero, no tan oculto como él quisiera; pues sus compatriotas ya desde lejos adivinaban en ese sacerdote recogido y de afable gravedad, el futuro Prelado celador de la ley, al modo que los hijos de Israel entreveían en Joad al futuro Eliacín.

Vuelto á la patria, no ha descansado aún de las fatigas del viaje, cuando Dios le pide el sacrificio de su quietud encomendándole el régimen de la diócesis de Cuenca, con el carácter de Gobernador eclesiástico. Brusca transición la que le hace pasar del reposo y apacibilidad del Seminario á las arduas fatigas de la administración. Pero, en esta se desempeña de manera tan cumplida, y despliega tales dotes, que llama poderosamente la atención del insigne estadista que por entonces iniciaba la regeneración moral y material de nuestra patria.

Llegados á este punto, conviene, Señores, que nos detengamos un momento para saludar el comienzo de una magna época de nuestra historia religiosa; la más notable sin duda desde el establecimiento del cristianismo en esta región ecuatorial. La Iglesia, definida por un notable autor moderno como la asociación de las almas en la luz y en el amor, necesita de la libertad como de condición indispensable para cumplir su misión de santidad y adelanto. La nuestra, hija legítima de la esclarecida Iglesia española, y deudora á la madre patria de insignes favores, vióse no obstante atajada en su acción por las regalías de los príncipes castellanos; de allí el que con frecuencia se viese obligada á deplorar hondos males, provenientes, no ciertamente de sus instituciones, sino de la intrusión de ese poder extraño, que en sus perennes disputas con el poder espiritual, era la imagen viva del hijo de Isaac cuando disputaba á su hermano gemelo los derechos de primogenitura que Dios le concediera á éste liberalmente.

Más; por desgracia, también la República, emancipada de España, se había creído heredera de esas regalías, y el malestar de la Iglesia subió de punto, desde que lo más importante de la disciplina eclesiástica no caía bajo su jurisdicción. Esclava, que no libre, era la Iglesia, allí donde otro poder distinto del suyo tenía la facultad de confirmar ó rechazar los Concilios, dividir las diócesis, elegir los candidatos para las dignidades eclesiásticas, dirigir la enseñanza religiosa y mucho de lo que se refería al gobierno espiritual, revisar los actos jurisdiccionales de los Obispos, é impedir la libre comunicación de los fieles con el Jefe de la Iglesia. ¿Qué sino ésto y más, fué la ley de Patronato de

1824! Y semejante estado de cosas pedía instantemente el debido remedio; más ¿quiénes iban á cerrar contra ese sistema encarnado en las leyes, sustentado en las cátedras oficiales, y defendido con lamentable error por personas que, en lo demás podían envanecerse con el dictado de irreprochables católicos? Sólo el pretenderlo era obra de corazones de retemplada fortaleza.

Pero, Dios que si prueba á su Iglesia con persecuciones nunca tolera que sea envilecida, se había escogido ya los que habían de ser sus libertadores. El Señor Ordóñez es en el poder eclesiástico el principal de ellos. Alma recta, corazón de verdadero sacerdote, no le sufre ver los males de aquélla, y lamentándolos hondamente, y buscando modo de remediarlos, parte á Europa en demanda de elementos nuevos, que operen la reforma de la edacación, base indispensable de toda otra reforma. Ya esa alma enérgica y que marchaba á su fin con la inflexibilidad del bien, había sido comprendida por otro genio de análogas dotes de carácter, por el ínclito García Moreno, que en el Señor Ordóñez miró desde entonces el cooperador más eficaz de su ingente obra de regeneración. ¿Será en carecimiento decir, que es grande título de honra para el Señor Ordóñez haber sido profundamente apreciado por ese sagaz conocedor de la valía de los hombres? Quizá nadie lo fué en el grado que él, y así se lo demostró cuando apenas llegado á Roma, como Prelado accidental de Cuenca, le nombra Ministro Plenipotenciario ante la Santa Sede para negociar un Concordato que, dando fin á los abusos del regalismo, pusiera á la Iglesia en condiciones de operar dentro de sí una reforma completa.

Si el Ilmo. Señor Ordóñez recibió con efusión este cometido, que iba á servir decisivamente en la suerte futura de la Iglesia, no hay para qué decirlo. Presenta sus poderes, negocia, discute, todo lo prevee, todo lo arregla, se adelanta á las instrucciones de su comitente, recibe las más altas distinciones personales de la Santa Sede, y regresa al Ecuador trayendo en sus manos la carta de libertad de la Iglesia Ecuatoriana, la base de su futura prosperidad; y con ella, importantes concesiones para el Estado, constituído desde

entonces guardián y protector de élla que no su carcelero.

Alégrate, oh! esposa de Cristo porque ha llegado el día de tu redención, seca tu llanto, vístete de tus más preciadas galas y toma el asiento que por fuero de reina te corresponde; y conózcante todos cuán buena eres y hermosa! De hoy más, tus Obispos podrán empuñar con mano apostólica el cayado pastoral libre de trabas; tus sacerdotes se irán á todos los ángulos de la República, debidamente preparados, á hacer practicar las doctrinas de luz y de amor; tus institutos florecerán en ciencia y fervor, y la fama de tu prosperidad se dilatará por toda la tierra; y por tí dirán del Ecuador las gentes extrañas: no hay nación como ésa que tenga tan cerca á su Dios. En la general exultación de los buenos por el Concordato, uno solo no estaba completamente satisfecho: era Monseñor Ordóñez. La base del bienestar de la Iglesia estaba puesta, pero faltaba tanto que hacer para afinarlo.

Es tan interesante como instructivo estudio el de un hombre de carácter. ¿Cuál es la fuente de esta magnífica y rara prenda, especie de manto de púrpura, que el hombre, rey destronado, gusta vestirse cuando recuerda su nobilísimo origen? No es otro que el convencimiento de la dignidad para él adquirida por Jesucristo. El estrago causado por la degeneración primitiva, márcase antes que en la oscuridad de su entendimiento en los desórdenes de su corazón; por esto, si es dable que alguna vez admiremos los destellos fugitivos de la inteligencia emancipada de la fe, jamás encontramos la virtud completa fuera de élla, porque la virtud en este grado es la santidad, y la santidad la vuelta del hombre á su primera grandeza. La dignidad humana, es cierto, y bien lo sabemos, ha querido también fundar una religión emancipada de lo sobrenatural, y se ha buscado adeptos; pero tenemos que convenir, Señores, en que el respeto de sí propio no es sino una hermosa quimera cuando sólo se respeta al hombre. Para entender por modo cabal la propia dignidad y hacerla origen de carácter, preciso es ver en sí

propio el reflejo de Dios, el templo del Espíritu Santo, el cuerpo dignificado por Jesucristo, el objeto de la mirada y solicitud de los Angeles: sólo entonces la conciencia individual conoce el secreto de su verdadera honra y dignidad; y sólo entonces el alma es capaz de todas las luces, de todos los heroísmos, de todas las magníficas florecencias de virtudes.

Carácter de esta clase fué, como vamos á verlo el de Monseñor Ordóñez; quién si no tuviera más ejecutorias que las enunciadas, ya le bastarían éllas para que su nombre figurase con lustre en la historia de nuestra Iglesia, ya que la negociación del Concordato fué de magna importancia por su objeto, por sus consecuencias y circunstancias concomitantes. ¿Qué objeto más noble que el de asegurar á la Iglesia su libertad poniéndola al amparo de la justicia y de la ley? qué consecuencias más variadas y duraderas? Y cuán descollante personalidad moral la de ambas partes contratantes. Pío IX y García Moreno. Estos dos solos nombres me dispensan de ulteriores consideraciones.

El joven negociador que tan hábil como pronta y acertadamente llevara á cabo el arreglo, correspondiendo así á las miras de Dios en favor de su Iglesia, fué llamado entonces por soberano designio á ocupar en la jerarquía eclesiástica el alto cargo de Obispo, en una diócesis de nueva creación, de la cual iba á ser el primer Prelado, y cuyos fundamentos acababa de poner como primer Administrador Apostólico. Arduo cargo, Señores, el de Obispo; tan arduo como alzado en dignidad. Desde que Jesucristo estableció el Episcopado para perpetuar su obra hasta el fin de los siglos, los Obispos reciben en el anillo, el báculo y la cruz el triple emblema del amor, de la autoridad y del dolor. A ellos atribuyó el poder establecido como causa formal de la comunión eclesiástica, y en su virtud ejercen el poder litúrgico que imparte las gracias y los sacramentos; el símbolo que guarda en depósito y distribuye la sabiduría y el poder jerárquico que comporta la facultad de legislar y ejercer moderada coercición. El Obispo es Padre sin dejar de ser juez; su honra es la de Dios; es también víctima, pues su vida no será sino de perpetua inmolación, y bien se lo dijo el divino

Maestro en la persona del Príncipe de los Pastores, cuando exigiéndole el reiterado juramento de amor le avisa que será llevado por ajena mano á donde no quiera ir, indicándole en eso su martirio. Sónle, en efecto, al Pastor, las solicitudes de su cargo, las necesidades de su grey y los dolores de la Iglesia universal. Miden su celo los extremos límites de lo posible. ¿Qué más? Sus deberes los señala San Agustín en estas palabras: “toea al Obispo corregir á los turbulentos, alentar á los de poco ánimo, fortalecer á los débiles, redargüir á los disidentes, burlar la astucia, instruir la ignorancia, estimular á los tibios, moderar las disputas, refrenar á los soberbios, socorrer á los indigentes, soportar á los malos, y amar á todos”.

El Reverendísimo Señor Ordóñez mide con la vista la aspereza de esa alta cumbre, *clivus arduus*, y en términos profundamente convencidos, ruega, insta al Soberano Pontífice le admita la renuncia de la Administración Apostólica, y con ella la no aceptación del nuevo Obispado de Riobamba, para el cual ha sido ya elegido. No rehuye el trabajo, nó; el Padre Santo lo sabe muy bien; en las legislaturas, en las obras del bien, en el cuidado de las almas, el Señor Ordóñez es el más ardoroso discípulo de Jesucristo; pero quiere servir en lugar subalterno. El insigne Pío IX aprecia con sabiduría de lo alto los móviles de esa renuncia, y creciendo en estima para él, le da con su augusta mano, testimonio escrito de sus egregias dotes, é insiste en que reciba la consagración episcopal. Egregias dotes, dije, Señores; no lo toméis á encarecimiento, son palabras del Papa.

El que fía en Dios robustece su fidelidad con la fe y no desespera de nada. Es, pues, ya Obispo de la importante diócesis de Riobamba, y allí es de ver con qué empeño se consagra á sus multiplicados deberes, mostrándose pronto en la determinación, activo en la ejecución, acertado en aprovechar los elementos antiguos para aliar á los nuevos; retirado del ruido é imponiéndose al respeto de todos, recordando siempre que se le ha dado una obra de excepcional importancia, á saber la creación ó reorganización de todo cuanto asegure el bienestar de la nueva diócesis. Díganlo quienes le vieron recorrerla en toda su extensión repetidas

veces, sin perdonar los más apartados y ásperos lugares donde había que establecer el reino de Jesucristo; fundando institutos religiosos, convocando Sínodos, dividiendo y proveyendo las parroquias, instruyendo al pueblo, protegiendo la beneficencia y adelantándose á la resurrección que en todos sentidos se operaba en la República del uno al otro confín, merced á la reforma religiosa, base sobre que se asentaba entonces el bienestar material y los intereses nacionales.

Pero, Señores, como es ley general que nada sea perenne en este mundo, permitió Dios que viniesen días de tempestad sobre su Iglesia; y, aquí es precisamente cuando el Ilmo. Señor Ordóñez despliega toda la fortaleza de su carácter, porque es propiedad de los hombres excepcionales erguirse en la contradicción. La Iglesia, nacida del costado del Salvador en la cumbre de la montaña santa, es por lo mismo, hija del dolor y nunca revela su divino origen como en el sufrimiento y la persecución. Un poder arbitrario levantado al pináculo por la violencia, creyó con lamentable error, que nada era más pertinente para afirmarse, que oprimir á la Iglesia imponiéndole la férrea coyunda que antes lastimaba su cuello. En un momento se desencadena la tormenta con inusitada violencia. El Obispo de Riobamba fué el primero en hacer oír su voz enérgica y robusta: encarándose á los opresores de la santa religión del Crucificado, formuló la protesta en nombre de los sagrados derechos que defendía como ciudadano, como sacerdote y como Prelado.

“Nadie me ha hablado con tanta libertad” decía el Prefecto de un Emperador arriano á San Basilio. “Talvez no habíais encontrado nunca un Obispo en vuestro camino, le respondió el santo: cualquiera de ellos os hubiera hablado un lenguaje semejante. En lo demás, somos afables y humildes porque lo tenemos por ley; y lejos de desafiar á los poderes de la tierra, respetuosamente nos inclinamos ante ellos; empero, cuando se trata de Dios, no vemos sino á él, y por su causa, el fuego, la cuchilla, las fieras y el ecúleo son nuestras delicias. Insultad, amenazad, haced lo que gustéis de nosotros, que nada conseguiréis.”

Y porque todo lleva en nuestra naturaleza un sello de extraordinaria grandeza; y como lo que pasa en

el órden físico se refleja en lo moral, de allí la vehemencia de nuestros pueblos, que prestan á las luchas civiles y á sus sacudimientos religiosos, algo del fuego y de los truenos que encierra el seno de nuestros volcanes.

Todos los Obispos hacen oír su voz en el mismo tono; la violencia responde á la protesta, la fuerza al derecho; mano desconocida y hasta hoy ignorada vierte el veneno en el cáliz de la oblación, el pueblo se enfurece, un decreto suspende el Concordato y restablece el odiado Patronato; la casa de Dios está solitaria, desierta la mesa del Sacrificio; el Prelado de la Arquidiócesis preso y desterrado; los disparos de fusil responden á los lamentos de los fieles que ven cerrados sus templos, y cual si la naturaleza quisiera protestar á su modo, la pavorosa oscuridad roba al sol su luz en hora desusada, y el más terrible de nuestros volcanes arroja de su seno la desolación y el espanto.

Pero, la obstinación de los opresores no cede; ni cede tampoco el Obispo de Riobambá, que veía destruida su obra, ese Concordato que tantos días de gloria había dado á la Iglesia; ese tratado suspendido entonces, contra el derecho, la lealdad, el decoro y la conveniencia. Ordenes de prisión y extrañamiento se oponen á la actitud de los Obispos y del Clero; el de Riobamba es el blanco principal de las iras oficiales: no importa; ese glorioso Prelado confesor de la fe asentaba su convicción y sus esperanzas en la roca firmísima de las promesas de Dios, que desde el establecimiento de la Iglesia había anunciado cómo se descargaría sobre ella la violencia; pero que al propio tiempo la había ofrecido para entonces el apoyo de su robusto brazo. Podía esperar, porque nadie vencerá ni á la religión ni á la santa libertad; porque habrá atormentados pero la religión triunfará; habrá poscritos pero ellos volverán: y los sacerdotes de entonces eran atormentados y poscritos.

Pero; cuán doloroso es el destierro para el Padre que dejó en el patrio hogar multitud de hijos amados, y cuán fielmente se retratan en su imaginación los estragos que en su ausencia va á causar entre ellos un en-migo ensoberbecido.

El Ilmo. Señor Ordóñez es Padre, nadie como él ha celado el bien de los suyos; pero si es preciso para su regreso ceder un ápice de la santa integridad de su deber, preferirá morir lejos de su Patria; y así, á los lamentos de su diócesis que por tres veces levanta la voz ante los Poderes de entonces para que se le alzase el destierro, puede repetirles las palabras de consolación de San Agustín cuando dijo á los suyos: “No te creas abandonada, oh! Iglesia de Dios, porque no ves á tu cabeza á Pedro, porque no ves á Pablo, porque no ves á aquellos por quienes te vino la luz. Los discípulos de ellos se vuelven Padres á su vez, y son reconocidos Príncipes y Pastores por todo el Universo: *de prole tua crevit paternitas*. Y así; para que su ausencia prolongada no sea obstáculo al bien de los suyos, ruega con instancia al Padre común de los fieles haga por proveer á su diócesis de otro Pastor, ya que á él no le es dado regresar á la Patria. Por lo que á él personalmente toca, sabe que un sacerdote es en rigor cosmopolita, porque en cualquiera parte del mundo tiene cerca á Dios y á sus hermanos. A los ojos de El es siempre el Ilmo. Señor Ordóñez sacerdote de oración y estudio, ejercitadas con tal austeridad y amor al retiro, que pone admiración en cuantos le ven de cerca: tal es la severidad de su vida que bien puede valerle el nombre de Obispo asceta. Mas; ¿estará acaso resuelto en la economía de la Providencia que tiene de prevalecer el imperio de la violencia; ó al contrario, Dios reserva al íntegro Prelado alzarle en honra y dignidad en la casa de Israel, porque ha sido hallado siervo bueno y fiel?

En los pueblos católicos en que la unidad religiosa está firmemente establecida, las persecuciones á la fe y á la disciplina de la Iglesia, no pueden tener el carácter de duraderas, porque el sentimiento general concluye siempre por imponerse á la desaconsejada voluntad de quienes creen que se puede tocar impunemente el Arca sagrada de la doctrina católica. Así se vió en las querellas rememoradas, á las cuales sucedió el espíritu de apaciguamiento, debido en gran

parte á la acción del sabio Pontífice que rige los destinos de la Iglesia Universal. Palabras de incitación á la concordia se hicieron oír por quien teniendo suficiente autoridad en su carácter de Padre y de Pontífice, veía urgente la necesidad de remediar nuestros males; y, oh! Providencia de Dios que nunca deja sin justificación al bien; la mirada del Padre Santo se detiene en el Ilmo. Señor Ordóñez para confiarle el gobierno de la Metropolitana, al tiempo que recava por medio de su Representante la restauración del Concordato.

Y es al Ilmo. Señor Ordóñez, Obispo retemplado por la contradicción, á quien toca asistir por segunda vez al triunfo de la Iglesia; venir cargado de las bendiciones del Papa á poner término á la prolongada viudez de la Arquidiócesis, y á purificar el ara santa de esta Catedral, desolada desde el día en que junto á ella, bebió la muerte el mártir su Predecesor. ¡Oh Dios, perennemente justo é inmutable; bendito seas porque no dejas fallida la esperanza del que en tí confía: abatido le acorres, perseguido le alzas á dignidad, haciendo ostentación de tu poder y asombrando á los hombres con la sabiduría de tus inescrutables desig-
nios.

Temería, Señores, y con razón fatigaros si me propusiera enumerar siquiera en breves términos los hechos más salientes del Ilmo. Señor Arzobispo en la década de su gobierno. Quede para otros ponderar su ardiente celo en bien de las almas, su empeño en robustecer las columnas del santuario, la enérgica oposición que presentó siempre á la intrusión de las doctrinas del error, su anhelo en depurar las costumbres, la inflexibilidad de su conducta en lo que él estimaba como un deber, su espíritu de sufrimiento en las perpetuas contradicciones de su vida, su recogimiento y amor al estudio, su devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús y al Purísimo de María.

De pensado me abstengo de considerar sus obras, y no sé si es menos potente en palabras; básteme recordar que su voz ha resonado muchas veces con todo el peso y autoridad de Pastor vigilante, y que respetuosa y santamente libre se ha dirigido á los depositarios de los Poderes públicos cuando fué necesario; vibran-

te cuando se descargaba sobre el indiferentismo religioso; dulce y paternal cuando daba estímulo á las buenas obras; su palabra, sí, que ha reivindicado las enseñanzas de lo alto y distribuido la censura ó la alabanza; la advertencia severa que resucita, y el pan de la doctrina que mantiene la vida.

Meritísima fué su existencia, no lo será menos su muerte: Sintiendo Josué hijo de Nun que se aproximaba la hora de ir á descansar con sus padres, convoca al pueblo, le recuerda los beneficios que ha recibido del Señor y para eterna atestación del pacto que á El le ligaba, toma una grande piedra, pónela al pie de la encina que estaba junto al Santuario, y dice á la multitud: “esta piedra será para vosotros testimonio de que oyó todas las palabras que os dijo el Señor y que os he hablado, no sea que después queráis negarlo y mentir al Señor vuestro Dios”. Así el Ilmo. Señor Ordóñez, coloca también á presencia de todo su pueblo una grande piedra angular, cimiento de la grandiosa Basílica que se levanta en la colina setentrional de esta ciudad, como testimonio eterno de la alianza de la República con el Sacratísimo Corazón de su Dios.

Y, como si solo hubiese esperado este acto solemne para trocar su cayado con el bordón del peregrino, se dispone á la partida final. ¡Oh hombres! venid á aprender á morir, viendo como muere un justo. Vedle en el fondo de su retrete solitario, cómo aquejado de gravísima enfermedad olvida sus dolores y se pone rostro á rostro con Dios, reconcentrado en profundos pensamientos; ved con qué devoción recibe el sagrado Alimento de los moribundos, y cómo con sus labios tintos en la sangre de Jesucristo exhorta á sus sacerdotes, y declara que en su existencia combatida nunca guardó resentimiento á nadie; contad sus disposiciones finales; todas son de caridad y desprendimiento. Pocos instantes le quedan de vida, cuando recogiendo los postreros alientos, llama junto á sí al Sucesor que se escogiera y al que siempre distinguió; y con la solicitud del santo de Hipona al invocar las bendiciones del cielo sobre Heraclio, hácele jurar con la sagrada fórmula fidelidad perpetua á la Iglesia la inmortalidad desposada; pone en su dedo el místico anillo, y con ese último acto de celo puede ya recibir á la muer-

te. Toca ésta á su puerta, y todavía le encuentra de pie: su serenidad no se desmiente ni en ese pavoroso instante en que el alma se desliga de sus lazos terrenales, porque sólo al justo le es dado triunfar en aquel supremo combate y presentarse delante de Dios á pedirle el cumplimiento de sus promesas inefables.

Manto de duelo se extiende por toda la República, los sacerdotes sus hijos en Cristo rodean su féretro, las vírgenes del Señor lamentan su pérdida recordando sus beneficios, los pobres declaran su caridad, sus amigos bendicen su memoria, sus enemigos hacen justicia á su carácter, y la historia, ésa que falla las apelaciones del presente al porvenir. le reserva páginas que redundarán en su gloria.

¡ Señor de la vida y de la muerte, Rey inmortal de los siglos, que presides los acontecimientos, riges los tiempos y deparas los hombres según los designios de tu soberano querer; concede el eterno descanso al Prelado que en Ti fincó su esperanza, y no conoció el temor escudado con tu ley; tenle en cuenta la disposición con que celó tu honra, su constancia en procurar tu gloria y luzca en sus manos la palma de Confesor de tu nombre. Nosotros los que le amamos, los que le conocimos, vendremos junto á su sepulcro á recibir santas inspiraciones y generosos pensamientos; porque creemos que el sepulcro de un justo es siempre altar en que Dios es glorificado, y del cual se desprende saludable enseñanza para las futuras edades!

